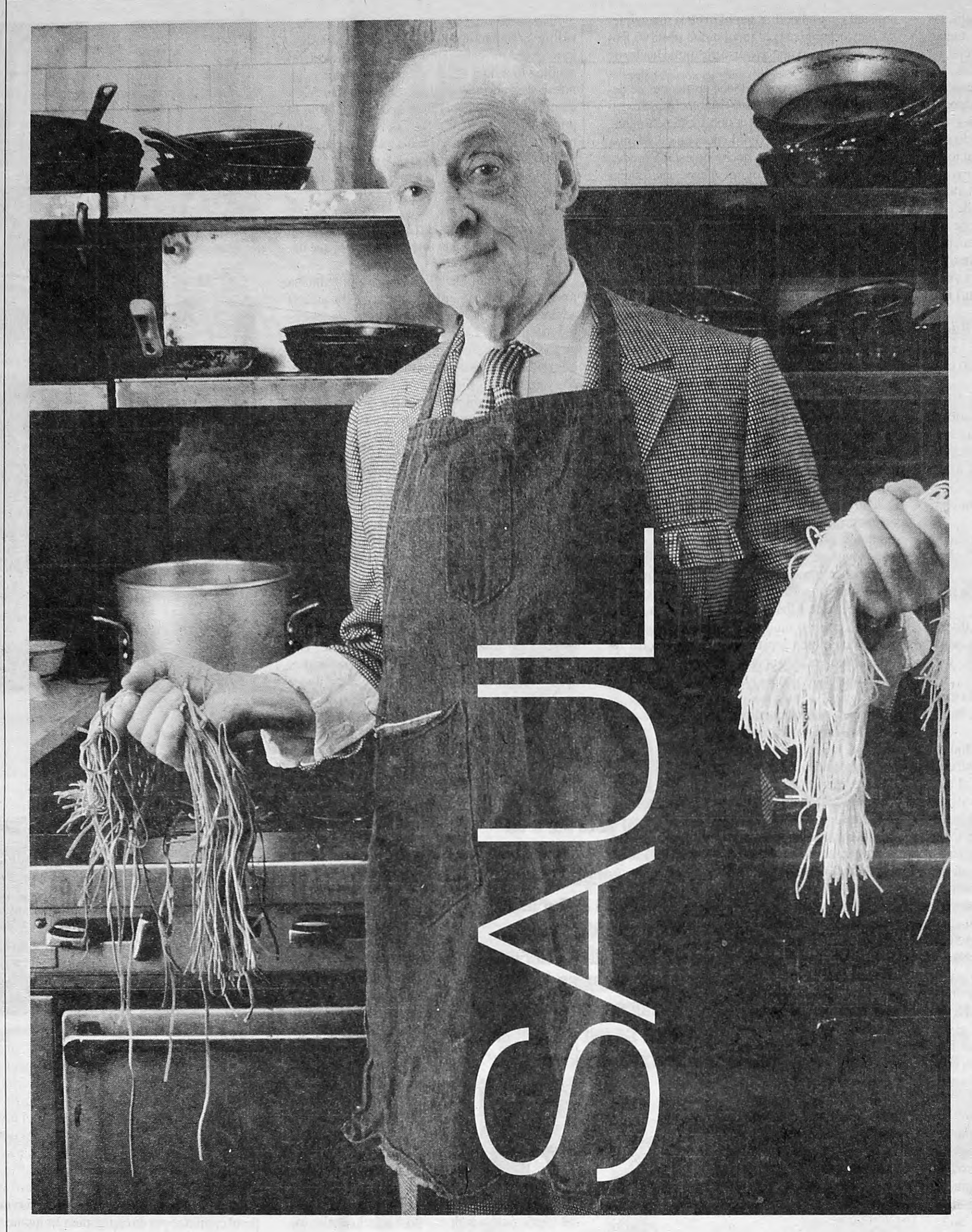


SAUL bellow

Testigos poco imparciales aseguran que Saul Bellow acostumbraba saludar a Lionel Trilling con un "¿Qué tal, Lionel? ¿Siempre vendiendo la misma bosta?". Incluso si es ficticia, la anécdota ilustra la tensión entre el ambiente académico-literario de Nueva York, que el crítico liberal Trilling representó hasta su muerte en 1975, y el humanismo judío de Bellow, que le hace decir al narrador de su mejor novela, *Herzog* (1964): *El chucrut en lata del "socialismo prusiano" de Spengler, los lugares comunes del punto de vista de* La tierra baldía, *el barato estimulante mental de la "alienación", las peroratas en jerga de los mequetrefes acerca de la "inautenticidad" y el "desamparo". No puedo aceptar esta deprimente estupidez. Estamos hablando de la vida de la especie humana. El tema es demasiado grande, demasiado profundo para tanta debilidad y cobardía...* Excepto por la referencia a Eliot, es probable que Trilling hubiese suscripto buena parte de lo anterior, pero jamás lo hubiese expresado del mismo modo, ni siquiera en una novela. Los mandarines tienen las uñas largas.

Aunque nació en Lachine (Quebec) en 1915, Bellow es un novelista del Medioeste y de Chicago, el sitio al que sus padres lo trasladaron a los nueve años. Una pequeña comunidad judía del West Side, rodeada de polacos católicos y con frecuencia antisemitas, fue el caldo de cultivo de su humanismo, que se parece al de los liberales salvo en su crispación, salvo porque le costó más trabajo arribar a él que a los acomodados anglosajones de la Costa Este. Además de ganar tres veces el National Book Award, en 1976 Bellow ganó casi al mismo tiempo el Premio Pulitzer y el Premio Nobel. Entre sus novelas recomendables hay que mencionar la picaresca *Las aventuras de Augie March* (1953) y *El planeta de Mr. Sammler* (1969).

Próximo martes: "Cuaderno IX", por Henry James.

En la mente de Rogin las más raras ideas tenían una manera especial de entrar a la fuerza. De treinta y un años justos y bastante buen aspecto, con corto pelo negro y ojos pequeños, pelo con una frente alta y abierta, era un químico investigador y por lo general su mente era seria y de fiar. Pero en una tarde de domingo nevosa mientras este hombre corpulento, abotonado hasta la barbilla su abrigo Burberry y caminando con su absurdo andar –los pies vueltos hacia afuera– iba hacia el metro, sintió una extraña sensación.

Iba de camino para cenar con su novia. Esta le había telefoneado hacía poco:

–Debías de comprar algunas cosas cuando vengas hacia acá.

–¿Qué necesitamos?

–Por lo pronto, un rosbif. Compré un cuarto de libra cuando venía a mi casa desde la de mi tía.

–¿Por qué un cuarto de libra, Joan? –preguntó Rogin muy fastidiado–. Con eso apenas si hay para un buen sandwich.

–Así tendrás que entrar en una mantequería. Yo no tenía más dinero.

Estaba a punto de preguntar: "¿Qué pasó con los treinta dólares que te di el miércoles?", pero sabía que eso no estaría bien.

–Tuve que darle a Phyllis dinero para la mujer de la limpieza –dijo Joan.

Phyllis, la prima de Joan, era una joven divorciada con mucho dinero. Ambas mujeres compartían un apartamento.

–Rosbif –dijo Rogin–, ¿y qué más?

–Algún champú, cariño. Hemos gastado todo el champú. Y date prisa, querido, que te he echado de menos todo el día.

–Yo también te he echado de menos –dijo él, pero en verdad había estado preocupándose casi todo el tiempo. Tenía un hermano menor al que debía llevar al colegio. Y su madre, cuya pensión no bastaba en estos días de inflación y elevados impuestos, también necesitaba dinero. Joan tenía deudas que él le ayudaba a pagar, pues ella carecía de trabajo. Estaba buscando algo adecuado en qué trabajar. Hermosa, bien educada, de actitud aristocrática, no podía ser empleada de unos almacenes; no podía ser modelo (Rogin creía que esa ocupación hacía a las jóvenes vanidosas e impersonales y no quería que ella fuera así); y tampoco podía ser camarera ni cajera. ¿Qué podía ser, entonces? En fin, algo se presentaría y entre tanto Rogin no se atrevía a quejarse. Pagaba sus facturas: la del dentista, la de las Galerías, el osteópata, el médico, el psiquiatra. En Navidad, Rogin casi se volvió loco. Joan le compró una chaqueta de smoking de terciopelo con alamares, una estupenda pipa y una bolsa para el tabaco. Y a Phyllis le compró un broche, una sombrilla de seda italiana y una pitillera de oro. A otras amigas les compró bellos objetos de adornoholandeses y suecos. Antes de que se le acabara el dinero, estuvo gastándose quinientos dólares de Rogin. El la quería demasiado para manifestar su sufrimiento. Creía que Joan era mejor que él. Esta no se preocupaba del dinero. Tenía un carácter maravilloso, siempre alegre, y realmente no necesitaba en absoluto un psiquiatra. Consultaba a uno porque Phyllis lo hacía también y esto despertaba la curiosidad de aquélla. Era excesivo su afán de imitar a su prima, cuyo padre había ganado millones en el negocio de alfombras.

Mientras que la mujer de la droguería le estaba envolviendo la botella de champú, despertó súbitamente una clara idea entre los pensamientos de Rogin: el dinero le rodea a uno en la vida como lo hace la tierra en la muerte. La ley universal es la superposición. ¿Quién está libre de ello? Nadie. ¿Hay alguien que no tenga carga? Todos las soportan. Las mismas rocas, las aguas de la tierra, los animales, los hombres, los niños... todos tienen que llevar encima algún peso. Esta idea fue al principio clarísima para él. Pronto se le fue haciendo más bien confusa, pero de todos modos le había producido un gran efecto como si alguien le hubiese hecho un valioso regalo. (No como la chaqueta de smoking de terciopelo que no podía ponerse ni como la pipa que no podía fumar porque se ahogaba.) La idea de que todos estaban bajo presión y aflicción, en vez de entristecerle, le produjo el efecto contrario. Lo puso en un estado de ánimo maravilloso. Era extraordinario lo feliz que le había hecho y además, lo clarividente. Sus ojos veían con mayor claridad lo que lo rodeaba. Vio con delicia cómo el droguero y la mujer que le envolvía la botella de champú le sonreían y querían hacérsele agradables, cómo desaparecían las arrugas de preocupación en la cara de la mujer y se transformaban en arrugas de contento y cómo el droguero manifestaba su amistad y jovialidad. Y también en la mantequería fue sorprendente lo mucho que observó Rogin y la felicidad que le causó el simple hecho de estar allí.

En un domingo por la noche las tiendas de delicatessen, cuando los demás establecimientos están cerrados, le recargan a uno tremendamente, y Rogin solía estar prevenido para no salir demasiado cargado, pero esa noche no estaba predispuesto en contra. Los olores a especias, salchichas, mostaza y pescado ahumado lo llenaban de contento. Compadecía a la gente que tuviera que limitarse a comprar ensalada, pollo, arenque y pan rancio; sólo comprarían esas cosas porque su débil vista no les permitiría darse cuenta de lo que estaban adquiriendo. Sin duda la gente que compraba tales cosas eran los que se levantaban tarde, los que vivían solos, que se despertaban en la oscuridad de la última hora de la tarde y encontraban sus refrigeradores vacíos o gente cuya mirada estaba vuelta a su interior. El rosbif no parecía malo, y Rogin pidió una libra.

Mientras que el tendero le cortaba la carne en rajas, chilló a un niño portorriqueño que intentaba alcanzar una bolsa de chocolatinas:

–¿Oye, es que quieres que te lo ponga todo a tu alcance? Chico, espera medio minuto. –Este tendero, aunque parecía uno de los bandidos de Pancho Villa de aquellos que embadurnaban a sus enemigos con jarabe y los clavaban sobre hormigueros, un hombre con ojos de sapo y bastas manos hechas para manejar pistolas que llevaba colgadas en torno a su cintura, no era tan malo después de todo. Era un neoyorquino, pensó Rogin –que era de Albany–, un hombre al que Nueva York, con sus muchos abusos, había endurecido y que estaba acostumbrado a sospechar de todos. Pero en el propio reino, sobre las tablas tras el mostrador, había justicia. Incluso clemencia.

El chico portorriqueño llevaba un disfraz completo de cowboy, un sombrero verde con cinta blanca, pistolas, espuelas, botas y largos guantes, pero no sabía hablar inglés. Rogin descolgó la bolsa de celofán llena de chocolatinas circulares y se la dio. El chico rasgó el celofán con sus dientes y empezó a morder uno de aquellos secos discos de chocolate. Rogin reconoció en aquello el enérgico sueño de su infancia.También él había opinado que estos dulces secos eran deliciosos. Ahora, en cambio, le habría fastidiado comerse uno.

"¿Quién está libre de ello? Nadie. ¿Hay alguien que no tenga carga? Todos las soportan. Las mismas rocas, las aguas de la tierra, los animales, los hombres, los niños... todos tienen que llevar encima algún peso."

"¿Qué más querría Joan?", pensó Rogin afectuosamente. "¿Algunas fresas?".

–Déme algunas fresas heladas. No, frambuesas, a ella le gustan más. Y nata helada. Y algunos panecillos, queso de crema y alguna de esas cosas que parecen pepinillos de goma.

–¿Qué goma?

–Esas cosas muy verdes con ojos. Sí, pepinillos. También puede usted poner un poco de helado.

Trató de pensar en algún cumplido, en alguna buena comparación, en algo cariñoso, para cuando Joan abriera la puerta. Por ejemplo, ¿no iría bien hablarle de su tez? En realidad nada había con qué comparar su dulce, pequeña, expresiva, bonita, tímida, desafiadora y adorable cara. ¡Qué difícil era ella y qué bonita!

Cuando Rogin entró en el ambiente pétreo, oloroso, metálico y cautivo del metro, lo distrajo la insólita confesión que le hacía un hombre a su amigo. Eran dos individuos muy altos, informes en sus ropas de invierno, como si sus abrigos ocultasen ropa comprada por correo.

–¿Entonces, cuánto tiempo hace que me conoce usted? –dijo uno de ellos.

–Doce años.

–Pues yo también debo confesar –dijo el otro– que a lo mejor hace también ese tiempo que lo conozco. Hace años que bebo mucho. Usted no lo sabía, pero soy lo que se dice un alcohólico.

El amigo no se asombró con esta revelación y respondió, inmediatamente.

–Sí, lo sabía.

–¿Qué lo sabía usted? ¡Imposible! ¿Cómo podía usted estar enterado?

"¡Como si pudiera ser un secreto!", pensó Rogin. No había más que ver aquella cara alargada, austera y como lavada con alcohol, aquella nariz tan estropeada por la bebida, la piel de sus orejas como barbas de pavo y sus ojos entristecidos por el whisky.

–Lo cierto es que lo sabía.

–No puede ser. No lo creo. –Estaba muy afectado y su amigo no parecía querer consolarlo–. Pero ahora me estoy curando –dijo–. He estado acudiendo a un médico y tomando píldoras, un nuevo descubrimiento danés revolucionario. Es un milagro. Empiezo a creer que esas píldoras lo pueden curar a uno de todo. En la ciencia, los daneses son los primeros. Lo hacen todo. Han convertido a un hombre en una mujer.

–¿No será así como lo han quitado a usted de la bebida?

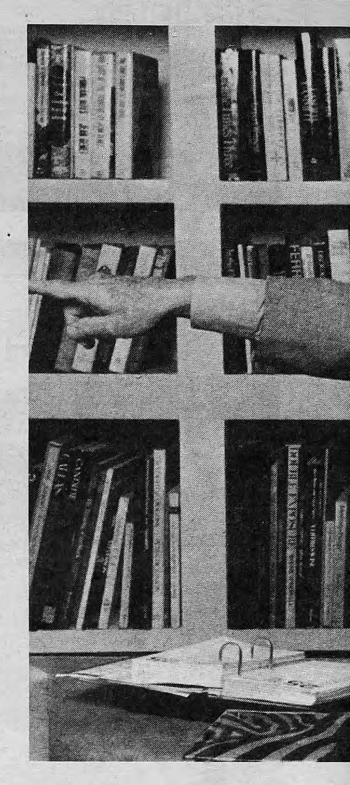
–No. Espero que no. Esto no es como la aspirina. Es la superaspirina. Lo llaman la aspirina del futuro. Pero cuando la toma uno tiene que dejar la bebida.

La iluminada mente de Rogin se preguntaba mientras la marea humana del metro iba atrás y adelante y los coches juntos y transparentes como aletas de pez corrían bajo las calles. ¿Cómo es posible que ese hombre haya podido pensar que nadie estuviese enterado de lo que todos tienen que ver aun sin querer y, como químico, se preguntaba a sí mismo qué clase de droga podía ser aquel nuevo medicamento danés y empezó a pensar en varios inventos de su propio caletre sintético, un cigarrillo que se encendía solo, un combustible más barato para los motores? ¡Necesitaba dinero! Como nunca antes lo había necesitado. Pero ¿qué podía hacer? Su madre se ponía cada vez más difícil. El viernes por la noche se le había olvidado cortarle la carne y tuvo que cortarse él al hacerlo. Se había quedado sentada a la mesa inmóvil con su larga cara de sufrimiento, severa, y lo dejó a él que cortase la carne, una cosa que casi nunca le dejaba hacer. Siempre lo había mimado, por lo cual lo envidiaba a él su hermano. Pero ¿qué esperaba ahora su madre? Oh, Señor, tenía que pagar aquellos mimos y nunca se le había ocurrido antes que esas cosas tuvieran un precio. Sentado, uno más de los viajeros, Rogin recobró su estado de ánimo tranquilo, feliz, incluso clarividente. Pensar en el dinero era pensar como el mundo quiere que piense uno: y entonces no puede uno ser dueño de sí mismo. Cuando la gente dice que no haría algo por amor ni por dinero, quiere decir que el amor y el dinero son pasiones opuestas y enemigas una de otra. Siguió reflexionando en lo poco que sabía la pobre gente de estas cosas, cómo se pasaban la vida dormidos, y en la poca cosa que era la luz de la conciencia. El limpio y chato rostro de Rogin relucía mientras se le partía el corazón de alegría al complacerse en estos profundos pensamientos sobre nuestra ignorancia. Se podía tomar como ejemplo a aquel borracho que durante muchos años estuvo creyendo que sus más íntimos amigos no sospechaban que él fuese un borracho. Rogin miró a un lado y otro del vagón para ver de nuevo a aquel caballeresco símbolo, pero ya se había ido.

Sin embargo, no faltaban cosas que ver. Había una pequeña con un manguito blanco que parecía nuevo; en el manguito había cosida la cabeza de una muñeca y la niña estaba muy orgullosa de ella y muy contenta de llevarla mientras el viejo que acompañaba a la niña, fuerte y seriote, con una enorme nariz, colocaba bien continuamente a la niña en el asiento como si quisiera cambiarla en otra persona. Luego subió al coche otra nena, de la mano de su madre, y esa otra niña llevaba el mismísimo manguito con cara de muñeca, lo cual parecía avergonzar al padre de la otra niña y a la madre de ésta. La mujer, que parecía difícil y presumida, se llevó a su hija más lejos. Rogin pensó que las dos niñas estaban encantadas con sus manguitos-muñecas y que ni siquiera se veían la una a la otra, pero una de sus debilidades era creer que comprendía los corazones de los niños.

Luego fijó su atención en una familia extranjera. Le parecieron centroamericanos. Por una parte, la madre, muy vieja, de pelo blanco y muy morena, una mujer ya debilitada. Por otra parte, un hijo con las manos demasiado blanqueadas y porosas de un fregador de platos. Pero, ¿qué era el enano sentado entre ellos..., un hijo o una hija? Tenía largo y rizoso el cabello y las mejillas suaves, pero la camisa y la corbata eran masculinas. El abrigo era de mujer y los zapatos eran un jeroglífico. Las suelas eran bajas, como de hombre, pero sujetaban a los zapatos unas tiras como en los de mujer. No tenía medias ni calcetines, y esto no ayudaba mucho para saber el sexo. El enano llevaba anillos en los dedos, pero ninguno de boda. Tenía los ojos hinchados y en parte cubiertos por la carne, pero Rogin no dudó de que podrían revelar cosas extrañas si querían y que aquella criatura poseía una notable comprensión. Desde hacía muchos años tenía *Las memorias de un enano*, por Walter de la Mare. Decidió leerlas. En cuanto tomó esa decisión, se libró de su gran preocupación sobre el sexo del enano y pudo ya dedicar su atención a la persona sentada junto a él.

Con mucha frecuencia se fertilizaban en el metro los pensamientos, a causa del movimiento, de la mucha gente que va con uno y del sutil estado de ánimo del viajero mientras va traqueteando bajo calles y ríos, bajo los cimientos de grandes edificios, y la mente de Rogin estaba ya extrañamente estimulada. Sujetando su bolsa de la compra de la que salían los olores de pan y de especias de conservas, seguía Rogin el hilo de sus pensamientos, primero sobre la química en la determinación del sexo, los cromosomas X e Y, las relaciones hereditarias, el útero, y luego en su hermano como motivo para la reducción de impuestos. Recordó dos sueños que había tenido la noche anterior. En uno de ellos, un enterrador se había ofrecido a cortarle el pelo, y él se había nega-





Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selecció
Bellow. Se reproduce aquí por gentileza de Ed

un futuro padre

Por Saul Bellow

En la mente de Rogin las más raras ideas tenían una manera especial de entrar a la fuerza. De treinta y un años justos y bastante buen aspecto, con corto pelo negro y ojos pequeños, pelo con una frente alta y abierta, era un químico investigador y por lo general su mente era seria y de fiar. Pero en una tarde de domingo nevosa mientras este hombre corpulento, abotonado hasta la barbilla su abrigo Burberry y caminando con su absurdo andar –los pies vueltos hacia afuera– iba hacia el metro, sintió una extraña sensación.

Iba de camino para cenar con su novia. Esta le había telefoneado hacía poco:

–Debías de comprar algunas cosas cuando vengas hacia acá.

–¿Qué necesitamos?

–Por lo pronto, un rosbif. Compré un cuarto de libra cuando venía a mi casa desde la de mi tía.

–¿Por qué un cuarto de libra, Joan? –preguntó Rogin muy fastidiado–. Con eso apenas si hay para un buen sandwich.

–Así tendrás que entrar en una mantequería. Yo no tenía más dinero.

Estaba a punto de preguntar: "¿Qué pasó con los treinta dólares que te di el miércoles?", pero sabía que eso no estaría bien.

–Tuve que darle a Phyllis dinero para la mujer de la limpieza –dijo Joan.

Phyllis, la prima de Joan, era una joven divorciada con mucho dinero. Ambas mujeres compartían un apartamento.

–Rosbif –dijo Rogin–, ¿y qué más?

–Algún champú, cariño. Hemos gastado todo el champú. Y date prisa, querido, que te he echado de menos todo el día.

–Yo también te he echado de menos –dijo él, pero en verdad había estado preocupándose casi todo el tiempo. Tenía un hermano menor al que debía llevar al colegio. Y su madre, cuya pensión no bastaba en estos días de inflación y elevados impuestos, también necesitaba dinero. Joan tenía deudas que él le ayudaba a pagar, pues ella carecía de trabajo. Estaba buscando algo adecuado en qué trabajar. Hermosa, bien educada, de actitud aristocrática, no podía ser empleada de unos almacenes; no podía ser modelo (Rogin creía que esa ocupación hacía a las jóvenes vanidosas e impersonales y no quería que ella fuera así); y tampoco podía ser camarera ni cajera. ¿Qué podía ser, entonces? En fin, algo se presentaría y entre tanto Rogin no se atrevía a quejarse. Pagaba sus facturas: la del dentista, la de las Galerías, el osteópata, el médico, el psiquiatra. En Navidad, Rogin casi se volvió loco. Joan le compró una chaqueta de smoking de terciopelo con alamares, una estupenda pipa y una bolsa para el tabaco. Y a Phyllis le compró un broche, una sombrilla de seda italiana y una pitillera de oro. A otras amigas les compró bellos objetos de adornoholandeses y suecos. Antes de que se le acabara el dinero, estuvo gastándose quinientos dólares de Rogin. El la quería demasiado para manifestar su sufrimiento. Creía que Joan era mejor que él. Esta no se preocupaba del dinero. Tenía un carácter maravilloso, siempre alegre, y realmente no necesitaba en absoluto un psiquiatra. Consultaba a uno porque Phyllis lo hacía también y esto despertaba la curiosidad de aquélla. Era excesivo su afán de imitar a su prima, cuyo padre había ganado millones en el negocio de alfombras.

Mientras que la mujer de la droguería le estaba envolviendo la botella de champú, despertó súbitamente una clara idea entre los pensamientos de Rogin: el dinero le rodea a uno en la vida como lo hace la tierra en la muerte. La ley universal es la superposición. ¿Quién está libre de ello? Nadie. ¿Hay alguien que no tenga carga? Todos las soportan. Las mismas rocas, las aguas de la tierra, los animales, los hombres, los niños... todos tienen que llevar encima algún peso. Esta idea fue al principio clarísima para él. Pronto se le fue haciendo más bien confusa, pero de todos modos le había producido un gran efecto como si alguien le hubiese hecho un valioso regalo. (No como la chaqueta de smoking de terciopelo que no podía ponerse ni como la pipa que no podía fumar porque se ahogaba.) La idea de que todos estaban bajo presión y aflicción, en vez de entristecerle, le produjo el efecto contrario. Lo puso en un estado de ánimo maravilloso. Era extraordinario lo feliz que le había hecho y además, lo clarividente. Sus ojos veían con mayor claridad lo que lo rodeaba. Vio con delicia cómo el droguero y la mujer que le envolvía la botella de champú le sonreían y querían hacérsele agradables, cómo desaparecían las arrugas de preocupación en la cara de la mujer y se transformaban en arrugas de contento y cómo el droguero manifestaba su amistad y jovialidad. Y también en la mantequería fue sorprendente lo mucho que observó Rogin y la felicidad que le causó el simple hecho de estar allí.

En un domingo por la noche las tiendas de delicatessen, cuando los demás establecimientos están cerrados, le recargan a uno tremendamente, y Rogin solía estar prevenido para no salir demasiado cargado, pero esa noche no estaba predispuesto en contra. Los olores a especias, salchichas, mostaza y pescado ahumado lo llenaban de contento. Compadecía a la gente que tuviera que limitarse a comprar ensalada, pollo, arenque y pan rancio; sólo comprarían esas cosas porque su débil vista no les permitiría darse cuenta de lo que estaban adquiriendo. Sin duda la gente que compraba tales cosas eran los que se levantaban tarde, los que vivían solos, que se despertaban en la oscuridad de la última hora de la tarde y encontraban sus refrigeradores vacíos o gente cuya mirada estaba vuelta a su interior. El rosbif no parecía malo, y Rogin pidió una libra.

Mientras que el tendero le cortaba la carne en rajas, chilló a un niño portorriqueño que intentaba alcanzar una bolsa de chocolatinas:

–¿Oye, es que quieres que te lo ponga todo a tu alcance? Chico, espera medio minuto. –Este tendero, aunque parecía uno de los bandidos de Pancho Villa de aquellos que embadurnaban a sus enemigos con jarabe y los clavaban sobre hormigueros, un hombre con ojos de sapo y bastas manos hechas para manejar pistolas que llevaba colgadas en torno a su cintura, no era tan malo después de todo. Era un neoyorquino, pensó Rogin –que era de Albany–, un hombre al que Nueva York, con sus muchos abusos, había endurecido y que estaba acostumbrado a sospechar de todos. Pero en el propio reino, sobre las tablas tras el mostrador, había justicia. Incluso clemencia.

El chico portorriqueño llevaba un disfraz completo de cowboy, un sombrero verde con cinta blanca, pistolas, espuelas, botas y largos guantes, pero no sabía hablar inglés. Rogin descolgó la bolsa de celofán llena de chocolatinas circulares y se la dio. El chico rasgó el celofán con sus dientes y empezó a morder uno de aquellos secos discos de chocolate. Rogin reconoció en aquello el enérgico sueño de su infancia. También él había opinado que estos dulces secos eran deliciosos. Ahora, en cambio, le habría fastidiado comerse uno.

"¿Qué más querría Joan?", pensó Rogin afectuosamente. "¿Algunas fresas?".

–Déme algunas fresas heladas. No, frambuesas, a ella le gustan más. Y nata helada. Y algunos panecillos, queso de crema y alguna de esas cosas que parecen pepinillos de goma.

–¿Qué goma?

–Esas cosas muy verdes con ojos. Sí, pepinillos. También puede usted poner un poco de helado.

Trató de pensar en algún cumplido, en alguna buena comparación, en algo cariñoso, para cuando Joan abriera la puerta. Por ejemplo, ¿no iría bien hablarle de su tez? En realidad nada había con qué comparar su dulce, pequeña, expresiva, bonita, tímida, desafiadora y adorable cara. ¡Qué difícil era ella y qué bonita!

Cuando Rogin entró en el ambiente pétreo, oloroso, metálico y cautivo del metro, lo distrajo la insólita confesión que le hacía un hombre a su amigo. Eran dos individuos muy altos, informes en sus ropas de invierno, como si sus abrigos ocultasen ropa comprada por correo.

–¿Entonces, cuánto tiempo hace que me conoce usted? –dijo uno de ellos.

–Doce años.

–Pues yo también debo confesar –dijo el otro– que a lo mejor hace también ese tiempo que lo conozco. Hace años que bebo mucho. Usted no lo sabía, pero soy lo que se dice un alcohólico.

El amigo no se asombró con esta revelación y respondió, inmediatamente.

–Sí, lo sabía.

–¿Qué lo sabía usted? ¡Imposible! ¿Cómo podía usted estar enterado?

"¡Como si pudiera ser un secreto!", pensó Rogin. No había más que ver aquella cara alargada, austera y como lavada con alcohol, aquella nariz tan estropeada por la bebida, la piel de sus orejas como barbas de pavo y sus ojos entristecidos por el whisky.

–Lo cierto es que lo sabía.

–No puede ser. No lo creo. –Estaba muy afectado y su amigo no parecía querer consolarlo–. Pero ahora me estoy curando –dijo–. He estado acudiendo a un médico y tomando píldoras, un nuevo descubrimiento danés revolucionario. Es un milagro. Empiezo a creer que esas píldoras lo pueden curar a uno de todo. En la ciencia, los daneses son los primeros. Lo hacen todo. Han convertido a un hombre en una mujer.

–¿No será así como lo han quitado a usted de la bebida?

–No. Espero que no. Esto no es como la aspirina. Es la superaspirina. Lo llaman la aspirina del futuro. Pero cuando la toma uno tiene que dejar la bebida.

La iluminada mente de Rogin se preguntaba mientras la marea humana del metro iba atrás y adelante y los coches juntos y transparentes como aletas de pez corrían bajo las calles. ¿Cómo es posible que ese hombre haya podido pensar que nadie estuviese enterado de lo que todos tienen que ver aun sin querer y, como químico, se preguntaba a sí mismo qué clase de droga podía ser aquel nuevo medicamento danés y empezó a pensar en varios inventos de su propio caletre sintético, un cigarrillo que se encendía solo, un combustible más barato para los motores? ¡Necesitaba dinero! Como nunca antes lo había necesitado. Pero ¿qué podía hacer? Su madre se ponía cada vez más difícil. El viernes por la noche se le había olvidado cortarle la carne y tuvo que cortarse él al hacerlo. Se había quedado sentada a la mesa inmóvil con su larga cara de sufrimiento, severa, y lo dejó a él que cortase la carne, una cosa que casi nunca le dejaba hacer. Siempre lo había mimado, por lo cual lo envidiaba a él su hermano. Pero ¿qué esperaba ahora su madre? Oh, Señor, tenía que pagar aquellos mimos y nunca se le había ocurrido antes que esas cosas tuvieran un precio. Sentado, uno más de los viajeros, Rogin recobró su estado de ánimo tranquilo, feliz, incluso clarividente. Pensar en el dinero era pensar como el mundo quiere que piense uno: y entonces no puede uno ser dueño de sí mismo. Cuando la gente dice que no haría algo por amor ni por dinero, quiere decir que el amor y el dinero son pasiones opuestas y enemigas una de otra. Siguió reflexionando en lo poco que sabía la pobre gente de estas cosas, cómo se pasaban la vida dormidos, y en la poca cosa que era la luz de la conciencia. El limpio y chato rostro de Rogin relucía mientras se le partía el corazón de alegría al complacerse en estos profundos pensamientos sobre nuestra ignorancia. Se podía tomar como ejemplo a aquel borracho que durante muchos años estuvo creyendo que sus más íntimos amigos no sospechaban que él fuese un borracho. Rogin miró a un lado y otro del vagón para ver de nuevo a aquel caballeresco símbolo, pero ya se había ido.

> "¿Quién está libre de ello? Nadie. ¿Hay alguien que no tenga carga? Todos las soportan. Las mismas rocas, las aguas de la tierra, los animales, los hombres, los niños... todos tienen que llevar encima algún peso."

Sin embargo, no faltaban cosas que ver. Había una pequeña con un manguito blanco que parecía nuevo; en el manguito había cosida la cabeza de una muñeca y la niña estaba muy orgullosa de ella y muy contenta de llevarla mientras el viejo que acompañaba a la niña, fuerte y seriote, con una enorme nariz, colocaba bien continuamente a la niña en el asiento como si quisiera cambiarla en otra persona. Luego subió al coche otra nena, de la mano de su madre, y esa otra niña llevaba el mismísimo manguito con cara de muñeca, lo cual parecía avergonzar al padre de la otra niña y a la madre de ésta. La mujer, que parecía difícil y presumida, se llevó a su hija más lejos. Rogin pensó que las dos niñas estaban encantadas con sus manguitos-muñecas y que ni siquiera se veían la una a la otra, pero una de sus debilidades era creer que comprendía los corazones de los niños.

Luego fijó su atención en una familia extranjera. Le parecieron centroamericanos. Por una parte, la madre, muy vieja, de pelo blanco y muy morena, una mujer ya debilitada. Por otra parte, un hijo con las manos demasiado blanqueadas y porosas de un fregador de platos. Pero, ¿qué era el enano sentado entre ellos..., un hijo o una hija? Tenía largo y rizoso el cabello y las mejillas suaves, pero la camisa y la corbata eran masculinas. El abrigo era de mujer y los zapatos eran un jeroglífico. Las suelas eran bajas, como de hombre, pero sujetaban a los zapatos unas tiras como en los de mujer. No tenía medias ni calcetines, y esto no ayudaba mucho para saber el sexo. El enano llevaba anillos en los dedos, pero ninguno de boda. Tenía los ojos hinchados y en parte cubiertos por la carne, pero Rogin no dudó de que podrían revelar cosas extrañas si querían y que aquella criatura poseía una notable comprensión. Desde hacía muchos años tenía *Las memorias de un enano*, por Walter de la Mare. Decidió leerlas. En cuanto tomó esa decisión, se libró de su gran preocupación sobre el sexo del enano y pudo ya dedicar su atención a la persona sentada junto a él.

Con mucha frecuencia se fertilizaban en el metro los pensamientos, a causa del movimiento, de la mucha gente que va con uno y del sutil estado de ánimo del viajero mientras va traqueteando bajo calles y ríos, bajo los cimientos de grandes edificios, y la mente de Rogin estaba ya extrañamente estimulada. Sujetando su bolsa de la compra de la que salían los olores de pan y de especias de conservas, seguía Rogin el hilo de sus pensamientos, primero sobre la química en la determinación del sexo, los cromosomas X e Y, las relaciones hereditarias, el útero, y luego en su hermano como motivo para la reducción de impuestos. Recordó dos sueños que había tenido la noche anterior. En uno de ellos, un enterrador se había ofrecido a cortarle el pelo, y él se había negado. En otro, llevaba una mujer sobre su cabeza. ¡Tristes sueños ambos! ¿Cuál era la mujer, Joan o la madre de él? ¿Y acaso era el enterrador el abogado? Suspiró profundamente y por la fuerza de la costumbre empezó a ocuparse otra vez de su albúmina sintética, que iba a revolucionar toda la industria del huevo.

Entretanto, no había dejado de observar a los pasajeros y se había puesto a estudiar al hombre que tenía a su lado. Era uno al que nuncahabía visto antes en su vida, pero con el que ahora de pronto se sentía ligado por toda su existencia. Era de media edad, corpulento, de piel clara y ojos azules. Tenía manos limpias y bien formadas, pero a Rogin no le gustaban. Llevaba un abrigo azul a cuadros y bastante caro. Rogin no habría elegido para él un abrigo como aquel. Y tampoco habría llevado unos zapatos azules de ante como aquellos, ni el impecable sombrero, un pesado sombrero que parecía un animal, y al que rodeaba una ancha y gruesa cinta. Hay muchas clases de dandies y no todos ellos son ostentosos; algunos son dandies de la respetabilidad y el pasajero que iba junto a Rogin era de esos. Su perfil de nariz recta era bello aunque fuese una lástima que tuviera un aspecto vulgar. Pero con esa vulgaridad parecía advertirle a la gente que no quería dificultades con ella. No quería tener relación con los demás. Llevando aquellos zapatos de ante azules no podía permitirse que la gente le pisara y daba la impresión de trazar en torno suyo un círculo protector privilegiado y estarles advirtiendo a los demás que se ocuparan de sus cosas y le dejasen leer tranquilamente el periódico. Tenía en las manos un *Tribune* y quizá fuese una exageración decir que lo leía. Solamente lo sostenía.

Su clara piel y sus ojos azules, su recta y pura nariz romana –incluso su manera de estar sentado–, todo ello le hacía pensar a Rogin en una persona: Joan.

Trató de no pensar en esa comparación, pero no lo podía evitar. Aquel hombre no sólo se parecía al padre de Joan, al que Rogin detestaba; se parecía a la propia Joan. Pasados cuarenta años un hijo de ella, si es que llegaba a tenerlo, sería como aquel hombre. ¿Un hijo de ella? Entonces, de un hijo como aquél, el padre sería él, Rogin. Como carecía de rasgos dominantes en comparación con los de Joan, el parecido hereditario con él no saldría a relucir. Probablemente, los hijos se parecerían a ella. Sí, dentro de cuarenta años, un hombre como aquél, sentado con una rodilla junto a otra suya en aquel bamboleante coche del metro entre otros prójimos. Inconscientes participantes en una especie de gran carnaval del tránsito, sería la continuación de lo que había sido Rogin.

Por esa razón se sentía ligado a él por toda su existencia. ¡Poca cosa eran cuarenta años comparados con toda la eternidad! Ya habían pasado los cuarenta años y Rogin miraba a su hijo. Allí estaba. Rogin se hallaba asustado y conmovido. "¡Hijo mío! Hijo mío!", se dijo a sí mismo y la emoción casi le hizo romper en llanto. La sagrada y tremenda labor de los amos de la vida y de la muerte lograban esto. Eramos instrumentos suyos. Laborábamos hacia fines que creíamos nuestros. ¡Pero no! ¡Todo aquello era tan injusto! Sufrir, trabajar, esforzarse abriéndose camino por entre los clavos de la vida, arrastrarse por sus más oscuras cavernas, empujar por entre lo peor, luchar bajo el peso de la economía, ganar dinero... sólo para convertirse en el padre de un hombre de cuarta clase como aquél, nada interesante, satisfecho de sí mismo, y de rostro fundamentalmente burgués. ¡Qué maldición tener un hijo tonto! Un hijo como aquél que nunca podría comprender a su padre. Nada había, absolutamente nada, en común entre él y aquel regordete de aspecto impecable y de ojos azules. A Rogin le pareció que aquel hombre estaba tan satisfecho de sí mismo con todo lo que poseía y hacía y con cuanto era, que apenas podía abrir los labios. No sería capaz ni de decirle a nadie la hora que era. ¿Serían corrientes los hombres como aquel cuando pasaran cuarenta años? ¿Se enfriaría más la personalidad a medida que el mundo envejeciera más y se hiciese más frío? A Rogin le indignaba la inhumanidad de la generación siguiente. Nada tendrían que decirse los hijos y los padres unos a otros. ¡Terrible! ¡Inhumano! Qué visión de la existencia le daba esto. Nada eran los fines personales del hombre, sólo ilusión. La fuerza vital nos ocupaba por turno a cada uno de nosotros mientras iba avanzando hacia su plenitud y mientras pisoteaba nuestra humanidad individual aprovechándonos para sus propios fines como meros dinosaurios o abejas, explotando despiadadamente al amor, haciéndonos tomar parte en el proceso social, luchar para ganar dinero, y sometemos a la ley de la presión, la ley universal de los estratos, de la superposición.

> "¿Serían corrientes los hombres como aquel cuando pasaran cuarenta años? ¿Se enfriaría más la personalidad a medida que el mundo envejeciera más y se hiciese más frío?"

¿En qué líos me estoy metiendo? Ser el padre de un "salto atrás" como el padre de ella. La imagen de este canoso, basto y bobo viejo con sus feos y egoístas ojos azules sublevaba a Rogin. Así vendría a ser su nieto. Joan, con quien Rogin se sentía cada vez más disgustado, no podría evitarlo. Pero, aunque para ella fuese inevitable, tenía que serlo para él. ¡Así que Rogin, so tonto, no te conviertas en un maldito instrumento! ¡Apártate!

Pero era demasiado tarde para esto, porque había experimentado ya la sensación de hallarse sentado junto a su propio hijo, el hijo de él y de Joan. No cesaba de mirarlo esperando que dijese algo, pero el presunto hijo seguía extrañamente silencioso aunque debía de haberse dado cuenta del examen a que le sometía Rogin. Incluso salieron en la misma parada: Sheridan Square. Cuando pasaron al andén, aquel hombre, sin ni siquiera mirar a Rogin, se fue en otra dirección con su detestable abrigo azul a cuadros y su cara fea y rosada.

Todo aquello había impresionado muy mal a Rogin. Cuando se acercó a la puerta de Joan y oyó los ladridos del perrito de Phyllis, "Henry", antes de haber llamado él, se le pusieron tensas las facciones. Se declaró a sí mismo: "No dejaré que abusen de mí". Tengo derecho a existir. "Joan debería tener cuidado". Ella solía dar de lado a los graves asuntos a los que él concedía seria atención. Siempre había dado por cierto que nada verdaderamente despreocupaba, pues tenía que trabajar mucho y ganar dinero para que esas cosas perturbadoras no pudieran ocurrir. Bien, por ahora no podía evitarse esa situación y a él no le importaba el dinero con tal de que ella no llegase necesariamente a ser madre de un hijo como el suyo del metro ni enteramente hija de aquel horrible y obsceno padre suyo. Después de todo, Rogin tampoco era muy parecido a su padre ni a su madre y era completamente distinto de su hermano.

Joan acudió a la puerta llevando puesta una de las caras batas de Phyllis. Le sentaba muy bien. Sólo con verle su feliz cara pasó ante Rogin la sombra de aquel parecido: era extremadamente leve, casi figmentario, pero le hizo temblar la carne.

Empezó ella a besarlo, diciéndole:

–¡Ay, mi nene, vienes cubierto de nieve! ¿Por qué no traes el sombrero? Tienes la cabeza llena de nieve. –El empleo de la tercera persona era su expresión de cariño preferida.

–Bueno, déjame poner en algún sitio esta bolsa con mis compras, y que me quite el abrigo –gruñó Rogin, escapándose de su abrazo. ¿Por qué no podía esperar a que él se pusiera cómodo?

–¡Hace tanto calor aquí! Me arde la cara. ¿Por qué tienes tan fuerte la calefacción? Y ese maldito perro no deja de ladrar. Si no lo tuvieras tan mimado no armaría tanto ruido. ¿Por qué no lo saca alguien a pasear?

–Hombre, ¡no hace tanto calor aquí! Es que tú vienes del frío. ¿No crees que esta bata me sienta mejor que a Phyllis? Especialmente en las caderas. Ella también lo cree así. Quizá me la venda.

–Espero que no –casi gritó Rogin.

Trajo Joan una toalla para secar la nieve que se derretía en el corto cabello negro de él. El frote de sus pelos excitó a "Henry" intolerablemente, y Joan lo encerró en el dormitorio mientras que él saltaba insistentemente contra la puerta con un sonido rítmico de garras contra la madera.

–¿Trajiste el champú? –dijo Joan.

–Aquí está.

–Entonces te lavaré el pelo antes de comer. Ven.

–No quiero lavármelo.

–Vamos, vamos –insistió ella, riéndose.

A él le asombraba que Joan no tuviera conciencia de culpabilidad. No comprendía cómo podía ser así. Y la habitación alfombrada, amueblada, iluminada por las lámparas y encortinada parecía deshacer su visión. De modo que se sentía acusador e irritado, con el espíritu amargado, pero no hubiera estado bien decir por qué. En verdad, empezó a preocuparse de que la causa de su estado de ánimo no se le escapara.

Se quitó la chaqueta y la camisa en el cuarto de baño. Ella llenó el lavabo. A Rogin lo agitaban sus revueltas emociones; ahora que tenía el pecho desnudo la sentía aún mejor y se dijo a sí mismo: "Tendré que decirle pronto un par de cosas. No dejaré que se quede sin oírlas". "¿Acaso crees", iba a decirle, "que sólo yo tengo que llevar sobre mis espaldas todo el peso del mundo? ¿Crees que he nacido para que se aprovechen de mí y me sacrifiquen? ¿Crees que soy un recurso natural como una mina de carbón o un pozo de petróleo o una pesquería, o algo semejante? Recuerda, el que yo sea un hombre no es un motivo para que me cargues con todo. Tengo un alma que no es mayor ni más fuerte que la tuya."

"Prescinde de la parte externa", siguió pensando "como los músculos, la voz más profunda y cosas así, ¿y qué queda? Un par de espíritus que vienen a ser iguales. ¿Por qué, pues, no ha de haber igualdad entre nosotros? No puedo seguir siendo siempre el fuerte."

–Siéntate aquí –dijo Joan, llevándole un taburete de la cocina–. Tienes el pelo todo revuelto.

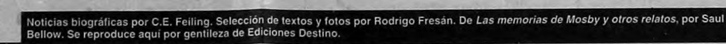
Rogin, con el torso desnudo, se sentó, apoyando el pecho contra el fresco esmalte del lavabo. El agua verde caliente y radiante reflejaba el cristal y los mosaicos. El jugo dulce, fresco y fragante del champú le caía en la cabeza. Ella empezó a lavársela.

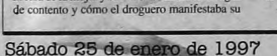
–Tienes un cuero cabelludo de lo más sano –dijo Joan–. Todo rosado.

–Pues debería estar blanco –respondió él–. Algo debe andarme mal.

–Nada absolutamente tienes malo –dijo ella, y se apretó contra él, rodeándolo con los brazos y echándole luego encima el agua despacito hasta que a él le pareció que el agua salía de ella misma, que era el cálido fluido del propio espíritu amoroso secreto de Joan que se posaba en el agua verde y espumosa, y olvidó las palabras que había ensayado en su pensamiento y le desapareció todo el enfado que sentía por aquel hijo que tendría, y suspiró, y le dijo a ella desde el lavabo lleno de agua:

–Siempre tienes estas ideas maravillosas, Joan. ¿Sabes? Tienes una especie de instinto, un don especialísimo. ■


Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Las memorias de Mosby y otros relatos*, por Saul Bellow. Se reproduce aquí por gentileza de Ediciones Destino.





n turo padre

Por Saul Bellow

do. En otro, llevaba una mujer sobre su cabeza. ¡Tristes sueños ambos! ¿Cuál era la mujer, Joan o la madre de él? ¿Y acaso era el enterrador el abogado? Suspiró profundamente y por la fuerza de la costumbre empezó a ocuparse otra vez de su albúmina sintética, que iba a revolucionar toda la industria del huevo.

Entretanto, no había dejado de observar a los pasajeros y se había puesto a estudiar al hombre que tenía a su lado. Era uno al que nuncahabía visto antes en su vida, pero con el que ahora de pronto se sentía ligado por toda su existencia. Era de media edad, corpulento, de piel clara y ojos azules. Tenía manos limpias y bien formadas, pero a Rogin no le gustaban. Llevaba un abrigo azul a cuadros y bastante caro. Rogin no habría elegido para él un abrigo como aquel. Y tampoco habría llevado unos zapatos azules de ante como aquellos, ni el impecable sombrero, un pesado sombrero que parecía un animal, y al que rodeaba una ancha y gruesa cinta. Hay muchas clases de dandies y no todos ellos son ostentosos; algunos son dandies de la respetabilidad y el pasajero que iba junto a Rogin era de esos. Su perfil de nariz recta era bello aunque fuese una lástima que tuviera un aspecto vulgar. Pero con esa vulgaridad parecía advertirle a la gente que no quería dificultades con ella. No quería tener relación con los demás. Llevando aquellos zapatos de ante azules no podía permitirse que la gente le pisara y daba la impresión de trazar en torno suyo un círculo protector privilegiado y estarles advirtiendo a los demás que se ocuparan de sus cosas y le dejasen leer tranquilamente el periódico. Tenía en las manos un *Tribune* y quizá fuese una exageración decir que lo leía. Solamente lo sostenía.

Su clara piel y sus ojos azules, su recta y pura nariz romana –incluso su manera de estar sentado–, todo ello le hacía pensar a Rogin en una persona: Joan.

Trató de no pensar en esa comparación, pero no lo podía evitar. Aquel hombre no sólo se parecía al padre de Joan, al que Rogin detestaba; se parecía a la propia Joan. Pasados cuarenta años un hijo de ella, si es que llegaba a tenerlo, sería como aquel hombre. ¿Un hijo de ella? Entonces, de un hijo como aquél, el padre sería él, Rogin. Como carecía de rasgos dominantes en comparación con los de Joan, el parecido hereditario con él no saldría a relucir. Probablemente, los hijos se parecerían a ella. Sí, dentro de cuarenta años, un hombre como aquél, sentado con una rodilla junto a otra suya en aquel bamboleante coche del metro entre otros prójimos. Inconscientes participantes en una especie de gran carnaval del tránsito, sería la continuación de lo que había sido Rogin.

Por esa razón se sentía ligado a él por toda su existencia. ¡Poca cosa eran cuarenta años comparados con toda la eternidad! Ya habían pasado los cuarenta años y Rogin miraba a su hijo. Allí estaba. Rogin se hallaba asustado y conmovido. "¡Hijo mío! Hijo mío!", se dijo a sí mismo y la emoción casi le hizo romper en llanto. La sagrada y tremenda labor de los amos de la vida y de la muerte lograban esto. Eramos instrumentos suyos. Laborábamos hacia fines que creíamos nuestros. ¡Pero no! ¡Todo aquello era tan injusto! Sufrir, trabajar, esforzarse abriéndose camino por entre los clavos de la vida, arrastrarse por sus más oscuras cavernas, empujar por entre lo peor, luchar bajo el peso de la economía, ganar dinero... sólo para convertirse en el padre de un hombre de cuarta clase como aquél, nada interesante, satisfecho de sí mismo, y de rostro fundamentalmente burgués. ¡Qué maldición tener un hijo tonto! Un hijo como aquél que nunca podría comprender a su padre. Nada había, absolutamente nada, en común entre él y aquel regordete de aspecto impecable y de ojos azules. A Rogin le pareció que aquel hombre estaba tan satisfecho de sí mismo con todo lo que poseía y hacía y con cuanto era, que apenas podía abrir los labios. No sería capaz ni de decirle a nadie la hora que era. ¿Serían corrientes los hombres como aquel cuando pasaran cuarenta años? ¿Se enfriaría más la personalidad a medida que el mundo envejeciera más y se hiciese más frío? A Rogin le indignaba la inhumanidad de la generación siguiente. Nada tendrían que decirse los hijos y los padres unos a otros. ¡Terrible! ¡Inhumano! Qué visión de la existencia le daba esto. Nada eran los fines personales del hombre, sólo ilusión. La fuerza vital nos ocupaba por turno a cada uno de nosotros mientras iba avanzando hacia su plenitud y mientras pisoteaba nuestra humanidad individual aprovechándonos para sus propios fines como meros dinosaurios o abejas, explotando despiadadamente al amor, haciéndonos tomar parte en el proceso social, luchar para ganar dinero, y sometemos a la ley de la presión, la ley universal de los estratos, de la superposición.

> **“¿Serían corrientes los hombres como aquel cuando pasaran cuarenta años? ¿Se enfriaría más la personalidad a medida que el mundo envejeciera más y se hiciese más frío?”**

¿En qué líos me estoy metiendo? Ser el padre de un "salto atrás" como el padre de ella. La imagen de este canoso, basto y bobo viejo con sus feos y egoístas ojos azules sublevaba a Rogin. Así vendría a ser su nieto. Joan, con quien Rogin se sentía cada vez más disgustado, no podría evitarlo. Pero, aunque para ella fuese inevitable, tenía que serlo para él. ¡Así que Rogin, so tonto, no te conviertas en un maldito instrumento! ¡Apártate!

Pero era demasiado tarde para esto, porque había experimentado ya la sensación de hallarse sentado junto a su propio hijo, el hijo de él y de Joan. No cesaba de mirarlo esperando que dijese algo, pero el presunto hijo seguía extrañamente silencioso aunque debía de haberse dado cuenta del examen a que le sometía Rogin. Incluso salieron en la misma parada: Sheridan Square. Cuando pasaron al andén, aquel hombre, sin ni siquiera mirar a Rogin, se fue en otra dirección con su detestable abrigo azul a cuadros y su cara fea y rosada.

Todo aquello había impresionado muy mal a Rogin. Cuando se acercó a la puerta de Joan y oyó los ladridos del perrito de Phyllis, "Henry", antes de haber llamado él, se le pusieron tensas las facciones. Se declaró a sí mismo: "No dejaré que abusen de mí". Tengo derecho a existir. "Joan debería tener cuidado". Ella solía dar de lado a los graves asuntos a los que él concedía seria atención. Siempre había dado por cierto que nada verdaderamente despreocupaba, pues tenía que trabajar mucho y ganar dinero para que esas cosas perturbadoras no pudieran ocurrir. Bien, por ahora no podía evitarse esa situación y a él no le importaba el dinero con tal de que ella no llegase necesariamente a ser madre de un hijo como el suyo del metro ni enteramente hija de aquel horrible y obsceno padre suyo. Después de todo, Rogin tampoco era muy parecido a su padre ni a su madre y era completamente distinto de su hermano.

Joan acudió a la puerta llevando puesta una de las caras batas de Phyllis. Le sentaba muy bien. Sólo con verle su feliz cara pasó ante Rogin la sombra de aquel parecido: era extremadamente leve, casi figmentario, pero le hizo temblar la carne.

Empezó ella a besarlo, diciéndole:

–¡Ay, mi nene, vienes cubierto de nieve! ¿Por qué no traes el sombrero? Tienes la cabeza llena de nieve. –El empleo de la tercera persona era su expresión de cariño preferida.

–Bueno, déjame poner en algún sitio esta bolsa con mis compras, y que me quite el abrigo –gruñó Rogin, escapándose de su abrazo. ¿Por qué no podía esperar a que él se pusiera cómodo?

–¡Hace tanto calor aquí! Me arde la cara. ¿Por qué tienes tan fuerte la calefacción? Y ese maldito perro no deja de ladrar. Si no lo tuvieras tan mimado no armaría tanto ruido. ¿Por qué no lo saca alguien a pasear?

–Hombre, ¡no hace tanto calor aquí! Es que tú vienes del frío. ¿No crees que esta bata me sienta mejor que a Phyllis? Especialmente en las caderas. Ella también lo cree así. Quizá me la venda.

–Espero que no –casi gritó Rogin.

Trajo Joan una toalla para secar la nieve que se derretía en el corto cabello negro de él. El frote de sus pelos excitó a "Henry" intolerablemente, y Joan lo encerró en el dormitorio mientras que él saltaba insistentemente contra la puerta con un sonido rítmico de garras contra la madera.

–¿Trajiste el champú? –dijo Joan.

–Aquí está.

–Entonces te lavaré el pelo antes de comer. Ven.

–No quiero lavármelo.

–Vamos, vamos –insistió ella, riéndose.

A él le asombraba que Joan no tuviera conciencia de culpabilidad. No comprendía cómo podía ser así. Y la habitación alfombrada, amueblada, iluminada por las lámparas y encortinada parecía deshacer su visión. De modo que se sentía acusador e irritado, con el espíritu amargado, pero no hubiera estado bien decir por qué. En verdad, empezó a preocuparse de que la causa de su estado de ánimo no se le escapara.

Se quitó la chaqueta y la camisa en el cuarto de baño. Ella llenó el lavabo. A Rogin lo agitaban sus revueltas emociones; ahora que tenía el pecho desnudo la sentía aún mejor y se dijo a sí mismo: "Tendré que decirle pronto un par de cosas. No dejaré que se quede sin oírlas". "¿Acaso crees", iba a decirle, "que sólo yo tengo que llevar sobre mis espaldas todo el peso del mundo? ¿Crees que he nacido para que se aprovechen de mí y me sacrifiquen? ¿Crees que soy un recurso natural como una mina de carbón o un pozo de petróleo o una pesquería, o algo semejante? Recuerda, el que yo sea un hombre no es un motivo para que me cargues con todo. Tengo un alma que no es mayor ni más fuerte que la tuya."

"Prescinde de la parte externa", siguió pensando "como los músculos, la voz más profunda y cosas así, ¿y qué queda? Un par de espíritus que vienen a ser iguales. ¿Por qué, pues, no ha de haber igualdad entre nosotros? No puedo seguir siendo siempre el fuerte."

–Siéntate aquí –dijo Joan, llevándole un taburete de la cocina–. Tienes el pelo todo revuelto.

Rogin, con el torso desnudo, se sentó, apoyando el pecho contra el fresco esmalte del lavabo. El agua verde caliente y radiante reflejaba el cristal y los mosaicos. El jugo dulce, fresco y fragante del champú le caía en la cabeza. Ella empezó a lavársela.

–Tienes un cuero cabelludo de lo más sano –dijo Joan–. Todo rosado.

–Pues debería estar blanco –respondió él–. Algo debe andarme mal.

–Nada absolutamente tienes malo –dijo ella, y se apretó contra él, rodeándolo con los brazos y echándole luego encima el agua despacito hasta que a él le pareció que el agua salía de ella misma, que era el cálido fluido del propio espíritu amoroso secreto de Joan que se posaba en el agua verde y espumosa, y olvidó las palabras que había ensayado en su pensamiento y le desapareció todo el enfado que sentía por aquel hijo que tendría, y suspiró, y le dijo a ella desde el lavabo lleno de agua:

–Siempre tienes estas ideas maravillosas, Joan. ¿Sabes? Tienes una especie de instinto, un don especialísimo.



n de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Las memorias de Mosby y otros relatos*, por Saul
ciones Destino.





NUMERO OCULTO

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

A

				B	R
				4	0
3	1	8	7	1	1
3	4	6	5	1	0
7	9	5	8	0	3
9	2	8	4	1	0

B

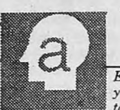
				B	R
				4	0
7	3	2	9	2	2
6	0	3	2	0	2
2	0	4	8	1	0
4	2	0	7	0	2

C

				B	R
				4	0
3	5	4	0	1	1
2	7	5	6	1	2
2	7	4	1	0	2
9	5	0	6	0	1

D

				B	R
				4	0
7	3	6	2	2	0
4	6	0	5	0	3
6	9	3	0	1	2
6	1	8	7	0	1



CRUCIGRAMA CON PISTAS

*En este crucigrama no se dan definiciones, sino pistas: **generales, horizontales** y **verticales**. Además, se incluye un cuadro con todas las letras que intervienen. De todos modos, si con la ayuda de estas pistas no logra resolverlo, puede recurrir a las **pistas auxiliares** que aparecen invertidas al pie de página.*

PISTAS GENERALES

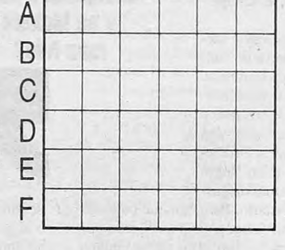
- Hay un cuadrito negro; son diez palabras de seis letras, una de cinco y una de cuatro.
- Con las letras de las esquinas no se puede formar ninguna palabra.
- Consonantes y vocales pueden no estar alternadas.

PISTAS HORIZONTALES

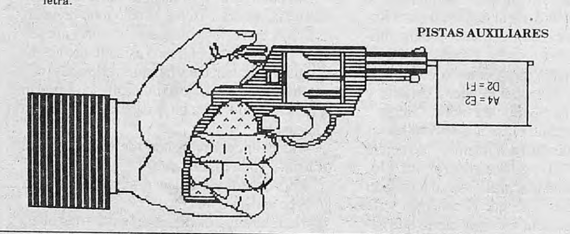
A. Aquí hay sólo dos vocales: una **A** y una **O**.
B. En este plural, la única letra repetida es la **S**.
C. Este es un nombre inexistente, pero muy usado en el hablar cotidiano. Contiene la **Y**.
D. Un verbo en infinitivo sin la **E** ni la **S**.
E. Aquí hay un anagrama de **MARTA**.
F. En este plural, hay dos **O** juntas.

PISTAS VERTICALES

1. Una capital o un adjetivo femenino de cuatro letras.
2. Aquí hay una **L**, una **S** y una **T**, pero no en ese orden.
3. Aquí no se repiten letras y no está la **A**.
4. Es un verbo impersonal en infinitivo.
5. En este verbo conjugado hay dos **A** y una **E**.
6. Es un verbo conjugado, que difiere de la palabra que se forma en **B horizontal** en una sola letra.



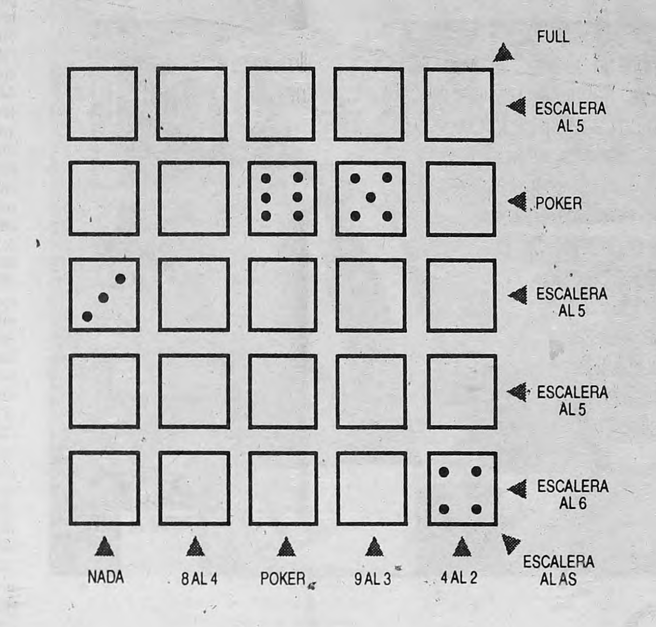
A	A	A	A	A	A	A	A	E
E	G	L	L	M	M	N	O	O
O	O	O	R	R	R	R	R	R
S	S	S	S	T	T	U	Y	■





CUBILETE

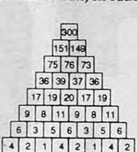
En este cuadro hay 25 dados, a los cuales, en su mayoría, les faltan los puntos. Usted sabrá proveerlos a partir de las combinaciones que se indican en cada fila, columna o diagonal, más las pistas dadas. Los juegos son: REPOKER: 5 dados iguales; POKER: 4 iguales y uno distinto; FULL: 3 de un valor y 2 de otro; ESCALERAS: "al cinco" (1, 2, 3, 4, 5), "al seis" (2, 3, 4, 5, 6) y "al as" (3, 4, 5, 6, 1). En los demás casos se indica el dado que más se repite y su suma. Por ejemplo: (5, 1, 3, 1, 2) es "Dos al as", y (2, 4, 5, 2, 5) es "Cuatro al dos", porque habiendo dos pares se anuncia el más bajo. Los juegos pueden aparecer desordenados y no hay límite para la repetición de los valores.



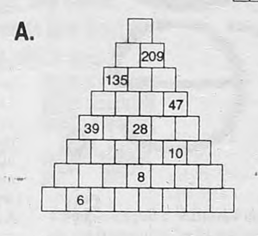


PIRAMIDES NUMERICAS

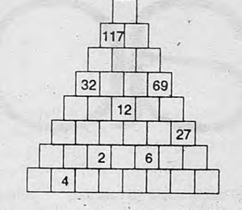
Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga las sumas de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados; y como ejemplo, una pirámide ya resuelta.



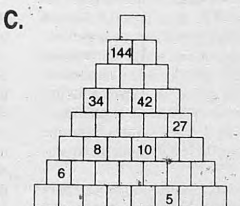
A.



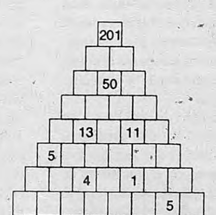
B.



C.



D.



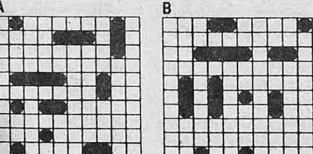
Soluciones del número anterior

PALABRA OCULTA

A. Volar.
B. Vejez.
C. Motor.
D. Dejar.
E. Melón.
F. Mejor.



BATALLA NAVAL



Soluciones en la edición del martes 28

CRUCIGRAMA

■	D	E	C	R	E	P	I	T	O	■
I	B	■	O	A	S	I	S	■	O	M
M	■	I	N	S	T	A	L	E	■	A
P	A	L	O	■	I	■	A	M	A	R
U	R	U	■	O	M	A	■	P	S	I
D	E	S	T	R	U	C	C	I	O	N
I	L	I	■	A	L	O	■	E	L	E
C	A	O	S	■	A	■	I	Z	A	R
I	■	N	O	R	D	I	C	A	■	O
A	V	■	P	I	A	N	O	■	E	S
■	A	M	A	N	S	A	R	A	N	■

INDOMINO

A

2	6	2	2	0	1	4
4	0	3	3	6	3	3
3	0	2	1	6	3	4
1	1	5	1	6	2	0
5	4	4	1	1	5	4
0	1	4	5	2	2	3
0	6	6	5	5	3	2
0	4	5	6	0	6	5

B

0	2	6	2	6	5	2
4	4	0	4	1	6	1
1	3	0	5	5	4	1
0	0	3	2	3	3	1
5	6	3	2	1	4	5
6	1	2	3	3	5	6
6	0	5	0	6	5	3
2	0	4	4	4	2	1